

Bases de una Obra de Don Tulio Ospina

Por el HERMANO DANIEL

En próximas entregas de la Revista iniciaremos la publicación de los magistrales Apuntes inéditos del sabio antioqueño Dn. Tulio Ospina, cuyos originales fueron entregados a la Universidad por la familia Ospina Pérez y por conducto del Exmo. Sr. Presidente de la República, hijo del autor de tales Anotaciones. El reverendo Hermano Daniel, el Pbro. Néstor Giraldo y el doctor Gustavo Vega, han estado realizando ardua tarea de recopilación y ordenación de la obra. Incluimos a continuación un breve estudio del Hermano Daniel, el insigne investigador, que puede tenerse como guía e introducción a la posterior publicación de los Apuntes.

Don Tulio Ospina es sin duda alguna uno de los colombianos que sirvieron de abanderados en los comienzos del presente siglo, en las Ciencias Naturales colombianas. Basta saber que por espacio de unos veinticinco años fue el único profesor de Geología en la Universidad de Antioquia; fruto de parte de esos esfuerzos docentes fue el opúsculo que en el año de 1.911 publicó con la síntesis de sus principales observaciones originales. La publicación tuvo como título «Reseña sobre la Geología de Colombia y especialmente del antiguo Departamento de Antioquia».

Las observaciones hechas durante sus viajes a lo largo de las tres cordilleras, el contacto con los libros y con autores de diversas latitudes y, por otra parte, su poderoso espíritu de inducción, manifestado en su «Reseña Geológica» en donde se maneja una ciencia esencialmente inductiva, le llevaron a hacer otra clase de observaciones y de estudios puestos de presente en toda una serie de manuscritos y de apuntes que por sí solos hablan de la magnitud de la empresa que tenía en proyecto.

La consulta de parte de estos manuscritos, facilitada por gentileza de la Biblioteca de la Universidad Bolivariana, es la que motiva estas líneas que no tienen otro objetivo que el de llamar la atención de los estudiosos sobre la magna tarea iniciada por don Tulio Ospina y que hubiera realizado brillantemente si hubiera contado con el tiempo y el reposo suficientes antes de su sensible fallecimiento.

La obra proyectada se refiere —según parece— a la demostración de la unidad de la especie humana; empresa de una proyección notable que hubiera sido una contribución en extremo valiosa dentro del litigio entablado en el mundo científico entre poligenistas y monogenistas de modo apasionante.

Sabemos que en la actualidad, algunos centros de investigación propugnan el hecho poligenista de la especie humana. Los representantes de este teoría se contaron en mayor número en tiempos anteriores, cuando la ciencia se lanzaba en forma más atrevida hacia las hipótesis audaces. Las lecciones han sido de tal naturaleza y los fracasos tantos, que ya hoy los científicos, más cautelosos y menos superficiales, recorren con más tiento estos difíciles problemas acerca de los cuales no podemos tener una evidencia directa ni experimental en el momento presente.

La ciencia en el día de hoy, se siente más inclinada al monogenismo que al poligenismo y no ve en las varias razas de la tierra sino accidentes muy en acuerdo con las demás variaciones que en los otros campos de la biología y de la descendencia de las especies se encuentran.

Los poligenistas han mirado con simpatía la teoría del origen autóctono del hombre en América. Sin embargo, día por día, la misma ciencia se encarga de ir derrumbando poco a poco los argumentos que se han traído para defender esta solución. Primero; la remotísima antigüedad del hombre en esta parte de los continentes, mirada a través de los descubrimientos no parece tan clara. Las huellas fósiles, muchas veces resultan huellas históricas. Recordemos por vía de información las tesis del principal sostenedor de estas teorías, Florentino Ameghino. Desde 1.880 había logrado forjar una hipótesis a priori, un sistema meramente especulativo y desde entonces trabajó incansablemente, para encontrar en las estratas del subsuelo sobre el cual se hallaba, o sea del «pampeano argentino» los restos fósiles que le dieran base para corroborar su hipótesis; al fin halló un atlas y un fémur pequeño; con estos datos afirmó que pertenecían a uno de los precursores del hombre, a uno de sus «homúnculos»; pero como quedó demostrado años más tarde, el atlas es simplemente de una mujer piamontesa que ni siquiera alcanzó a ser fósil; y el fémur perteneció a un carnicero del grupo de los félidos. Algo semejante ocurrió con todos los demás encuentros paleontológicos de Ameghino; así, su famoso *Diprothommo platensis* al cual asignó una edad extraordinariamente remota; para el cual los estudios de Hrdlika, de Willis y de varios otros investigadores demostraron que se trataba simplemente de un tipo corriente de hombre moderno. Por último, para terminar con estos ejemplos, veamos el del famoso «*Homo caput inclinatus*», clasificación que dio Ameghino a un «fósil antiquísimo» hallado por su hermano Carlos en una barranca del arroyo de Siasgo en terrenos del «pampeano superior». El investigador Mochi, hizo notar el carácter dudoso de este esqueleto incompleto; más tarde Willis al estudiar el sitio indicó que se trataba de un entierro; posteriores estudios han dado como resultado el que se señale este famoso fósil como los restos de un «joven menor de doce años con una deformación del cráneo sin otra particularidad anormal».

Los demás encuentros fósiles del hombre americano no han

alcanzado a demostrar su anterioridad al habitante primitivo de Europa y en cambio, sí han dado fundamento suficiente para señalarlo como originario, en su gran mayoría, de Asia o de las regiones aledañas.

Los estudios llevados a cabo en estas condiciones, han dado mayor fuerza a los monogenistas en los últimos tiempos, fuerza que no aparecía tan clara por exceso de opositores y por falta de argumentos positivos en los tiempos en que don Tulio Ospina escribía sus apuntes.



La obra llevada a cabo con las proyecciones intentadas era de extraordinaria magnitud; de acuerdo con lo que se ve a primera vista, parece que la síntesis de la obra puede presentarse así:

- 1º)—Estudio de los grandes grupos étnicos.
- 2º)—Comparación de Mitos, Costumbres y Tradiciones.
- 3º)—Lenguas especiales y lenguas generales.
- 4º)—Peculiaridades lingüísticas.
- 5º)—Razas, especialmente americanas, y sus relaciones con algunas asiáticas.
- 6º)—Asuntos varios.

En los grandes grupos étnicos, se señalan entre otros a los hombres fósiles con sus características, diferenciaciones, migraciones y culturas. El hombre fósil de América con sus intrincados problemas de origen, culturas, migraciones, diferenciaciones raciales, etc. A este respecto sabemos que la que ha sido llamada «Escuela Americana» ha encontrado una sólida base para sustentar sus teorías acerca del origen asiático de la mayoría de los americanos en la presencia —dentro de las grandes agrupaciones— del llamado «**pliegue mongólico del ojo**» y la «**mancha mongólica**» que aparece en los infantes de esta raza en la terminación de la columna vertebral. Estas características raciales y otros argumentos de peso han sido esgrimidos en contra de otras corrientes como la sustentada por los discípulos del Museo del Hombre en París, según la cual, grandes núcleos de indígenas americanos habrían venido por el Pacífico de la región de Oceanía. Pero sabemos que al fin de cuentas, la Oceanía también se pobló en su gran parte, si no en su totalidad, con elementos asiáticos.

Se enumeran también en este índice las civilizaciones Mesopotámicas, Egea, Ariana del Asia, grupos de lengua aislante, agrupaciones indígenas americanas (del Brasil, Centro América, Pielos Rojas, Patagones, etc.). Civilizaciones actuales de China, Asia, Africa, Europa, América.

En segundo lugar se señalan los «Mitos, costumbres, tradiciones». Según las anotaciones bibliográficas encontradas, don Tulio Ospina intentó presentar bajo estos títulos de tan complicado y laborioso alcance, toda la inmensa serie de correlaciones existentes en el fondo de todas las tradiciones de cada cultura. Si se rastrea en los complicados laberintos formados por las tradiciones y mitos, seguramente apa-

recen los hilos, invisibles aparentemente, que van atando en forma convergente a todos los pueblos y razas entre sí; todo esto, aunque en extremo deformado en ocasiones, halla sus puntos de contacto en el remoto pasado; todo lo cual señala la unidad de origen de la especie humana.

Las principales costumbres y mitos que hace resaltar en las anotaciones del manuscrito son los siguientes: Laceración religiosa; culto por los muertos; culto de la serpiente; brujos y adivinaciones; días de la semana; uso de las flechas; uso de las máscaras en las ceremonias rituales; adoración del fuego; otros ritos más o menos universales; curación por medio del soplo; deformación craneal; tradiciones sobre héroes y dioses.

A continuación hay numerosas anotaciones acerca de los idiomas; generalidades sobre lenguas; su fusión y su unidad; lenguas primitivas; lenguas uralo-altaicas; lenguas aislantes; lenguas aglutinantes; lenguas americanas; lenguas drávidas; lengua mediterránea prehistórica; lenguas malayo-polinésicas; lenguas de los negros africanos; lenguas kolarianas; lenguas componentes originarias del sur de la India; lengua ariana primitiva; lenguas de Norte-América; lengua de los Negritos; lenguas arianas dispersas, etc.

La enunciación de estos títulos nada más, daría pie para uno de los estudios más arduos y complicados de filología comparada, trabajo que le había ya demandado numerosas horas de intensa labor; de una manera especial las culturas de Norte-América y de Centro América le habían suministrado datos para hallar en ellas raíces comunes en los términos más elementales los cuales le sirven para correlacionarlas con las de algunas regiones de Asia.

Sabemos, por otra parte, que varios autores han señalado numerosas semejanzas entre los idiomas suramericanos y los asiáticos. Echavarría y Reyes en 1.910 sostuvieron el parecido de la lengua «Cunza» hablada en el desierto de Atacama, con la lengua de la Isla de Pascua y a su vez L. Capitan en 1.920 admitió las posibles relaciones de la Isla de Pascua con el Japón.

Otros autores han correlacionado su escritura con las antiguas del Valle del Indo. Otros han creído ver puntos de contacto entre el idioma chibcha y algunas raíces de la lengua china. Todos estos elementos dispersos, aunque no indiquen siempre dependencia directa u origen, sirven a don Tulio Ospina para demostrar que aún en lenguas muy dispares pueden hallarse elementos comunes y puntos de contacto lo cual indicaría en su complicada red de mutuas relaciones, el sedimento de un origen común, por lo menos para aquellos términos más conocidos por el hombre por tratarse de objetos en extremo familiares a lo largo de todos los tiempos. Además, como lo indica Pericot, mientras no se tenga una base antropológica firme para clasificar los grupos étnicos, la mejor clasificación es la que toma por base las lenguas indígenas.

Toda una serie abundantísima de citas, alusiones, referencias y apuntes bibliográficos en hojas sueltas acompañan a cada uno de estos puntos y de modo especial el de los «mitos, costumbres y tradiciones».

Sabemos que ya Nordenskiöld pudo hacer un cúmulo de refe-

rencias aplicables a toda la América con solo relacionar la forma de los remos, o el modo de sacar fuego, o aún el uso del hilado llamado «bororó» en Sud América, etc. Wissler distribuyó en grandes áreas culturales los diversos grupos americanos tomados desde Groenlandia hasta Patagonia y, si bien pudo diferenciar quince grupos de culturas, encontró, con todo, elementos comunes que no podrían despreciarse en un estudio de conjunto.

Una de las costumbres más fácilmente observables ya que afecta la forma de los huesos, lo cual puede observarse a través de milenios en las tumbas, es la deformación craneal que ha sido objeto de estudio de muchos científicos y cronistas. Varios observadores han podido sacar como consecuencia que no sólo en América existió esa costumbre sino que sus huellas pueden seguirse aún a través de otros continentes y en muy remotos tiempos. Imbelloni hace una de las más completas clasificaciones a base de las diversas deformaciones craneales observadas en América. Posteriormente a su trabajo, el que fue publicado en 1930, otro científico (Dingwall) hace la afirmación de que esa costumbre de las deformaciones surgió entre los jinetes del sur de Rusia y Turquestán hasta llegar a América. Esta última conclusión hecha en 1932 corrobora las deducciones de don Tulio Ospina y señala un camino más para sostener la tesis de la unidad de la especie humana y, por otra parte, es un valioso aporte para los estudios adelantados sobre las culturas autóctonas americanas ya que en esta forma se afirma una vez más la falta de originalidad de tal costumbre entre los indígenas de América.

Entre los ritos antiguos tanto de Europa y Asia como de América, resalta sin duda alguna el culto a los dragones y serpientes. Es éste uno de los temas que señala don Tulio Ospina en forma sugestiva y con sobra de datos bibliográficos. El culto y las supersticiones cradas alrededor de la figura de la serpiente puede decirse que es tan antigua como la humanidad. Las inscripciones y las figuras serpentiformes aparecen con los primeros monumentos dejados desde las remotas épocas de la prehistoria; se continúan a lo largo de cada cultura y en todas las latitudes de suerte que parecerían simbolizar cómo una lejana y común tradición está ligada íntimamente a esta representación simbólica.

Otros mitos y tradiciones señaladas confirman estos mismos puntos de vista, como el culto de los antepasados, la creencia de que las enfermedades son causadas por los espíritus; el culto de las piedras verdes, la curación por medio del soplo; los varios procedimientos para encender el fuego; las curiosas prácticas de brujos y adivinos; tradiciones acerca de los héroes, muchos de los cuales son señalados como hijos de seres mitológicos; veneración de las hachas de piedra, muchas de las cuales son encontradas ahora en medio de sus sepulturas o en sitios especiales de veneración; amplitud de la costumbre del mantenimiento del fuego en algún sitio sagrado; uso del botoque en los labios o en las orejas, costumbres tan arraigadas en sitios tan distantes y de culturas al parecer disímiles; el uso de máscaras, con la creencia, muchas veces, de que imprimen el carácter del dios correspondiente, creencia ésta que se halla acompañada varias veces de la idea de un desdoblamiento de la personalidad y ligada a la práctica de ceremonias

rituales, desfiles o fiestas determinadas, etc. En la Oceanía, en varios sitios del Asia Central y a todo lo largo de la América pueden observarse todas estas prácticas. Otra observación de interés es la división existente en numerosas agrupaciones étnicas de la semana en siete días.

El distinguido científico Franz Boas tiene en su obra «Arte Primitivo», publicada inicialmente en 1.927, toda una serie de anotaciones de interés que coinciden admirablemente con las conclusiones y observaciones de don Tulio Ospina quien —dicho sea de paso— no pudo nunca trabajar con todas las facilidades ni con los numerosos elementos de que dispuso el investigador de Wetsfalia. La obra de Franz Boas solamente tiene como finalidad señalar las etapas progresivas del arte entre los primeros hombres, pero en muchas ocasiones resulta de todo esto una serie de comparaciones que hablan muy bien de otras tantas influencias y mezclas de culturas, de modo especial para la América.

La casi totalidad de las anotaciones lingüísticas del trabajo que nos ocupa, se refiere a América, lo cual indica que era también uno de los propósitos de don Tulio Ospina y muy importante, el dar por sentado el origen exótico del hombre americano, tesis que está de acuerdo con las más enjundiosas investigaciones hasta ahora adelantadas sobre este tema. A este respecto no dejaré de citar una de sus observaciones que de modo indirecto nos muestra cuáles eran sus ideas adelantadas y sus conclusiones; dice así: «Bankroft da algunos adjetivos **mosquitos** en que halló semejanzas con las lenguas africanas. Probada la venida de africanos en tiempos remotísimos, no se pueden poner dificultades a la de Asiáticos y Europeos por el Norte».

En otra anotación afirma: «Los asiáticos buscaron en la coca una bebida estimulante semejante al té. Los Caribes en el cacao una semejante a la kola. El radical se halla en **Cho-cola-tl**».

Con estas líneas da por sentado el origen múltiple de los americanos y no exclusivamente el mongólico-nórdico de la escuela norteamericana. Este origen múltiple es el que se ha abierto paso últimamente con los seguidores de la escuela del Trocadero según se dijo ya; solamente que los de esta última corriente tratan de dar una gran importancia al origen oceánico mientras que don Tulio Ospina, más objetivo, no resta de ninguna manera la importancia que tiene el continente con relación de las islas, por numerosas que éstas sean, como que las islas fueron pobladas por las gentes provenientes del continente y no la inversa; no significa esto que niegue de todos modos las posibilidades de este origen oceánico; todo lo contrario; él también lo afirma pero de modo más equilibrado. La Oceanía dio algunos elementos, pero también pudo haberlos dado y en mayor proporción, la inmensa extensión del Indostán, de la Mongolia y del resto de la costa Asiática, Estrecho de Behring o por el mar. Por otra parte, no deja de tener su interés lingüístico la anotación señalada acerca del **Chocolate**, la cual se complementa con la que hace del cacao. Dice que fruta en Lamil es **sakkel**; en Malabar **jaka** y pregunta luego: ¿Viene de allí cacao? Muy bien pudieron los primeros inmigrantes al ver los frutos llamativos del no importa por qué lado hayan venido aquellas migraciones, si por el «alimento de los dioses» (*Theobroma*) aplicarles el término que ya te-

nían en uso para designar una fruta cualquiera. Este, como otros problemas, puede recibir una solución provisional y hasta es posible que se acierte; pero la certidumbre difícilmente podrá tenerse ya que no hay medio directo para averiguarlo.

Ante la cantidad de argumentos y de citas que don Tulio Ospina hace relacionados con las Américas, es muy posible que más que un estudio sobre la unidad de la especie humana haya querido hacer una obra gigantesca con sobreabundancia de datos para señalar los posibles sitios de origen de los americanos. A esta conclusión se llega nada más que observando los apuntes sobre lingüística, la separación de radicales y fonemas y su mutua correlación.

Las interesantes observaciones relativas a peculiaridades lingüísticas, parece que robó a don Tulio Ospina gran parte del tiempo que dedicó con tanta intensidad a este magno trabajo. Anota, por ejemplo, cómo la partícula *gua* se halla representada en una multitud de nombres, especialmente de localidades. Igualmente llama la atención acerca del modo como se han formado numerosos vocablos y cómo en numerosos idiomas primitivos el afijo modificador de los verbos vino a desempeñar papel importante.

En una complicadísima trabazón de raíces encajadas en vocablos de todo orden, sigue con paciencia benedictina cada una de las raíces a fin de mostrar sus afinidades y ligamentos aún en idiomas separados en el tiempo y la distancia.

Otro tanto hace con los géneros gramaticales, de suerte que con una profunda capacidad de penetración ahonda este interesante tema de filología comparada como pocos seguramente lo hubieran realizado.

Desgraciadamente, este inmenso trabajo lingüístico-comparativo y aún los demás apuntes acumulados, podrían perderse en alguna parte al intentar una reconstrucción en firme del trabajo. Son unos 3.000 vocablos seguramente señalados de los grupos Esquimal, Atabascano, Californiano, Pitt-River, Mendocino, Mael-River, Californiano del Noroeste, grupo Uto-azteca, rama Shoshone, Pueblos, Yuma, Istmico, Darién, Alaska, British Columbia, Algonkino, etc. Pero debido a que varios de ellos están apenas indicados con lápiz o con algunas iniciales o aún con signos convencionales de exclusividad del autor, hay por esta causa puntos oscuros y deficiencias que difícilmente podrán ser llenadas de modo cabal. El tiempo ha borrado muchas de las anotaciones tomadas a lápiz y varias proyecciones generales del rumbo que debería tomar la obra no se ven claramente en la serie complicada de papeles dispersos.

Será preciso una gran labor de consagración, primero sobre los manuscritos, anotaciones dispersas e índices, tanto bibliográficos como de vocabularios aislados y después, sobre el acervo bibliográfico que toda esta investigación supone, a fin de dar cima a esta obra ponderosa que elevaría de seguro a gran altura el nivel de la literatura científica de Colombia.